CASOS

Pese a la presencia militar, los narcos dominan los morros de Río

Un cronista de **La Prensa** se internó en los morros de Río de Janeiro. Comprobó que, pese a la avanzada de las fuerzas armadas, los líderes del narcotráfico mantienen su reinado en las favelas. Cómo viven hoy los sufridos habitantes de un volcán a punto de estallar

El negocio debe continuar

Cuando el domingo 27 de noviembre el Comando Militar del Este abandonó el centro operativo que había montado en la cima del Morro de Borel, los medios más influyentes de Brasil difundieron una sensación de triunfo. Por su fama de bastión inexpugnable, el sector se había convertido en una de las asignaturas pendientes de la Operación Río. Es que en el arbolado macizo que le da la espalda a *Tijuca* se disputan el poder narco los fusileros de **dos bandas de 100 combatientes cada una**. A su vez, éstas se turnan para sofocar la lluvia de fuego que reciben del vecino *Morro de Casa Branca*, ocupado por la cuadrilla de 300 hombres de **Claudinho da Conceicao**, tercer aspirante a dominar el tráfico en el área. Los 40 mil habitantes del Borel, encerrados en el laberinto sin escapatoria de las favelas, son como cobayos de un atroz experimento político militar. Sus preguntas sin respuesta retumban de morro en morro como el eco de las balas perdidas, que ahora guardan un silencio provisorio.

Al fin, el santuario regenteado por **Julio** *Pie de Pato* y **Antonio Carlos dos Santos** -jefes de sendas facciones que invocan el nombre del *Comando Vermelho*- fue cercado durante cuatro días por dos mil militares que contaron con el apoyo de un compacto formado por blindados, helicópteros y aviones. Las tropas fueron encabezadas por el propio general **Roberto Cámara Senna**, comandante máximo de la Operación. La prensa carioca informó hasta el aburrimiento que una bala errante le pasó raspando. Pero pocos medios locales titularon con el magro saldo del operativo: tras algunas escaramuzas, fueron detenidos **26 sospechosos de estar relacionados con el narcotráfico**, se secuestraron algunos rifles y fusiles y cuatro kilos de cocaína. El colofón del asalto, y primera demostración pública de superioridad militar, fue reemplazar una gran cruz de madera que simbolizaba al *Comando Vermelho* por una bandera brasileña. En realidad, el crucifijo había sido colocado en 1979 por un misionero católico sin otro ánimo que evangelizar.

Más impacto causó el testimonio de los pobladores que denunciaron haber sido sometidos a torturas en la *Iglesia San Sebastián*, utilizada como base por el Ejército mientras peinaba las favelas en busca de armas y tildaba con yeso las casas requisadas. A pocos días del espectacular despliegue militar, **La Prensa** recorrió las zonas más conflictivas del *Borel* y comprobó que el poder narco sigue siendo dueño y señor de la región. Varios *favelados* -incluso aquellos que mantienen algún grado de compromiso con las cuadrillas- confesaron que no habían perdido la esperanza de que el Ejército consiguiera desarmarlas. *"Pero torturaron a mucha gente que no tenía nada que ver... ¡y aunque lo tuviera! Hay lugares donde le perdimos el miedo a las bandas porque antes de guerrear pegan algunos tiros para que nos metamos en las casas. Ahora estamos peor"*, confió **Isabel**, una monja carmelita que asiste a los pobres desde hace 10 años.

▸ Infierno y paraíso

Abajo, en las estribaciones del Borel, sólo había policías del *Batallón de Operaciones Especiales (Bope)* con sus espaldas adheridas a los muros. El fruto prohibido estaba cuesta arriba, donde se refugian las cuadrillas. La única garantía para entrar sin arriesgar mucho el pellejo era **José Iván**, presidente de la *Asociación de Moradores*. La condición era internarse acompañando a los cronistas del *Jornal do Brasil*, diario que -dicho sea de paso- apoyó la intervención militar. *"No es una compañía tranquilizadora* -concedió Iván-, *pero como ustedes son de un medio extranjero, nos respetarán"*. Aún así, inquietaba saber que los narcos son buenos lectores de las crónicas que protagonizan.

Chacra del Cielo es el paraje poblado más alto del morro. En un sentido, la vista es maravillosa. La *Bahía de Guanabara*, el puente que une Río con Niteroi, el Cristo Redentor y el Atlántico, que a 700 metros de altura todavía trae bocanadas de viento salado. En otro, dantesco: los que viven como pueden en los miserables márgenes de la ciudad.

Si la primera impresión es lo que cuenta, la recepción fue prometedora. En medio de una nube de tierra naranja, una decena de *pixotes* corría detrás de una pelota. La llegada foránea disipó la polvareda, y los rapazes mostraron sus caras oscuras y desconfiadas. Uno de ellos guió a **La Prensa** hasta los jóvenes que dijeron haber sido torturados. Los tres más golpeados denunciaron haber recibido **shocks eléctricos** en las heridas, en el cuello y bajo las uñas, pero ahora estaban internados. Los otros no mostraban moretones: *"Nos metieron bajo el agua para que no queden marcas"*. Un vecino sin nombre acusó por lo bajo: *"No les crea. Se hacen las víctimas porque quieren que se vayan los militares. Son delincuentes, pertenecen a las cuadrillas"*. ¿A quién creer? El político de Borel puso cara de conocer la verdad. *"Pero tienen que entender mi situación. Mi vida pende de un hilo"*. Ese mismo día, el *Comando del Este* había conseguido autorización para intervenir los teléfonos de los líderes comunitarios. *"El 80 % está ligado al narcotráfico. Quien no colabora con el negocio de las drogas, muere"*, sentenció un oficial, acaso anunciando quiénes serán las próximas presas de la cacería.

Los habitantes de la favelas temen a los narcos y a los militares. Pero algunos no dejan de jugar

▸ El horario del terror

Cuando efectivos del Ejército y la Policía Militar estuvieron allí, impusieron el toque de queda a partir de las 20 horas. *"Es que por la noche todos los gatos son pardos"*, había explicado el coronel **Luis Cesário**, portavoz del Comando del Este. Durante esos días, nadie podía salir ni entrar. Ahora, el horario de alerta es el mismo. Pero lo fijan los gerentes del narcotráfico. Y solo rige para los visitantes no invitados.

El sol había caído y las nubes eran un manchón de acuarela gris que desteñía el manto boscoso de los morros. *"Hay que irse; se agotó el plazo de seguridad"*, ordenó Iván. *"Ya se pone en marcha el sistema y no permiten que se vea su funcionamiento"*. El rostro del líder de la comunidad es tan seco e inexpresivo como un terrón del Pan de Azúcar. Pero cuando dijo que el tiempo se había terminado, por su frente se deslizó una persuasiva, delatora gotita de sudor. **Leni Silles**, guía e intérprete de *BTR*, la única agencia de Río que incluyó en sus tours rondas nocturnas de alto riesgo, insistía en quedarse. *"Vaya con Iemanjá, que luego bajamos a pie"*, dijo. Iván miró al cronista y giró su índice en la sien. *"A las 20 superamos el horario máximo"*. Eran las 21. *"Si se quedan, están muertos"*. Ni falta que hacía, pero quiso ser más gráfico y llevó a **La Prensa** hasta el borde de un precipicio. *T.C.*, la sigla, más grande que titulares catástrofe, se calaba en la roca donde los pies del cronista intentaban afirmarse. *"Este sector pertenece al Tercer Comando. Si se asoman, el Comando Vermelho les vuela la cabeza. De abajo tiran con FAL, y les aseguro que, en lo oscuro, su puntería mejora"*.

El volswagen azul del líder de los pobladores comenzó a bajar por el camino empedrado como un caracol asustado. Iván saludaba ostentosamente a los *olheiros* (campanas) que cumplían a rajatabla con su trabajo de estatuas vigilantes. El saludo sin eco reforzaba la sensación de soledad. *"Si ponen música funky y la letra habla de la vida en las favelas, no hay problema"*, aclaró. Pero desde un grabador se oía la marcha del *Comando Vermelho*. *"Eso quiere decir que estamos en problemas"*. Hasta entonces, la presencia narco era una amenaza invisible.

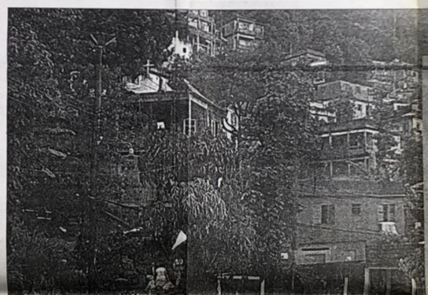
A mitad de camino, el coche de los cronistas del *Jornal do Brasil* se detuvo. Iván soltó un juramento envenenado y frenó para socorrerlos. En ese instante, un centinela surgió como una sombra desencarnada de la oscuridad. Tenía una gorra con el emblema rojinegro del *Flamengo* y no más de 16 años. *"Es un soldado del Comando Vermelho"*, balbuceó Iván. Sus bracitos nerviosos e inestables sostenían un fusil AR-15, en su cuerpo se cruzaba una pesada guirnalda de municiones y su mirada no era temeraria sino temerosa. El político bajó del auto y trató de borrarle el gesto con una palmada cómplice. La valerosa intérprete de **La Prensa** clavó sus uñas en el hombro del cronista y le gritó al joven: *"Deicha-nos continuar. Tudo bem, tudo bem, estamos com vocés"*. El pequeño guerrillero de intramuros aún no parecía convencido. José Iván tomó su arma prestada, elogió su calidad y jugó a que le disparaba a los cronistas del *JB*.

"Bang, bang". La onomatopeya sonó con un realismo rabioso y el narquito sonrió con ganas. Iván luego explicó que el simulacro, respetuoso del lenguaje interno, fue el salvoconducto que ahora permite contar el cuento. *"Nadie sabe lo que pasa por la cabeza de un drogón asustado, menos si está armado"*. Y asestó: *"Lo que sí sé es que sólo ascienden cuando se muestran dispuestos a matar"*.

La imagen de esa sombra regresando a la oscuridad pudo ser tanto la de un miliciano rojo como la de un fantasma de verdad. Pero para los políticos que *negocian*, para los pastores que *rezan*, para los militares que *torturan*, para los jueces que *miran*, para los sociólogos que *explican*, para los policías que *arreglan*, para los favelados que *temen*, ellos son de carne y hueso y pertenecen a este tiempo, a este lugar. Que nada ni nadie los mueve de sus madrigueras impenetrables. Porque el negocio, aunque pequeño, es rendidor, y los pequeños combatientes de la miseria armada apuestan a torcer su destino, que es morir antes de los 25 años. Porque, lejos de allí, en sitios más confortables que el corazón de la floresta, el negocio grande continúa ●

Alejandro Agostinelli

El soldado y el *pixote*. Contraste en los morros



Guerra de cuadrillas

La antropóloga **Alva Zaluar** reconoce que le cuesta mantener una posición prescindente. La guerra entre cuadrillas es una tragedia que le toca de cerca. Vive en Botafogo, un barrio carioca vecino del Morro Doña Marta, desde donde fue testigo de violentas exhibiciones de poder entre las facciones rivales.

"Desde la ventana de mi casa veía las trazas naranjas de las balas rasantes. El ruido era infernal, y estoy a dos mil metros. ¿Se imagina lo que viven los favelados, que están en el medio? Ese era el clima. De esa favela evacuaban un promedio de tres o cuatro familias por semana. Los antiguos líderes de la comunidad estaban aterrorizados. La Iglesia Católica, que no acepta dinero del tráfico, estaba cercada. Allí los narco compraron todas las casas que están alrededor de la parroquia -todas- para vigilarla. Los domingos asistían a la misa para oír lo que decía el padre. Es un problema que los pentecostales no tienen. Asamblea de Dios, por ejemplo, acepta dinero del narco".

La estudiosa abrigaba la esperanza de que, con la Operación Río, las cuadrillas serían despojadas de sus armas.

Pero la noticia de que la estructura de las bandas sigue intacta, la devuelve a la amarga realidad: la violenta lógica de los morros está demasiado enraizada.

"Hay un juego entre las cuadrillas de las tres organizaciones más importantes —Comando Vermelho, Tercer Comando y Comando Yacaré— para exhibir su poder de fuego", apunta.

"Ahora, a ese juego se suma el que mantienen con la policía civil y la militar".

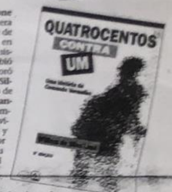
Y concluye: *"El final, si existe un final, es imprevisible"* ●

La curiosa historia del temible Comando Vermelho

Nació en las cárceles. Lo fundaron los detenidos por razones políticas a mediados de la década del 60. Hoy, diversos grupos invocan su nombre en los morros en la guerra por los territorios

A sangre y fuego

Hace doce años, **Simone Barros Correa** (35) era una joven estudiante de derecho interesada en descifrar los códigos secretos del sistema penitenciario. Su vida cambió por completo cuando se enamoró de un preso célebre, **William da Silva Lima** (53). William era uno de los fundadores del llamado **Comando Vermelho**. Los barrotes no impidieron el matrimonio. Ella lo visita todos los fines de semana y hoy tienen tres hijos. El está por cumplir 28 años tras las rejas y su familia espera abrazarlo fuera del penal de un momento a otro. *"El Comando Vermelho* -explica Simone- *no se originó en los morros. Surgió en el presidio, cuando, a partir de 1964, llegaron los primeros presos políticos. Los presos comunes aprendieron de ellos a organizarse, inaugurando una ética solidaria donde antes sólo había odio, violencia, fragmentación. William y sus compañeros llevaron a las cárceles una discusión que ya existía en la sociedad y plantearon crear reglas de convivencia.* Quienes ahora dicen pertenecer al CV ni siquiera conocen su historia. *Los jóvenes invocan su nombre a modo de protección, para ser respetados en las cárceles"*.



Simone es funcionaria del *ISER*, un centro de estudios sociales que le encargó coordinar un proyecto para defender los derechos humanos dentro del sistema carcelario. *"La guerra de las favelas* -continúa- *son guerras de lucro, grupos rivales que quieren extender su territorio de acción. No existe un liderazgo explícito como en Colombia, donde existían los carteles de Medellín y Cali y tenían su territorio acotado.* No creo en el crimen organizado. Lo que existe es la miseria, y un montón de pobres que intentan administrar esa miseria en sus pequeños reductos de la favela. *Los líderes de las bandas del narco son un mito creado por los medios de comunicación. Primero los fabrican y después hacen alarde de que la policía agarró a uno de los grandes... cuando, en realidad, es uno de los miles que andan por ahí. Ninguno tiene dinero o poder para corromper al juez o al gobernador. La mayoría ni siquiera tiene documentos para salir del país a comprar armas y tener un sistema de tráfico pesado. Son pequeños distribuidores que dependen de otros"*.

▸ Cómo nació el Comando

* El *Comando Vermelho (CV)* fue fundado en los '60 en las cárceles de Bangú, Frei Caneca e Isla Grande (Río de Janeiro). El grupo se nutrió con el aporte de los primeros presos políticos que combatieron a la dictadura de Castello Branco.

* El CV empezó llamándose *Falange de LSN*. *Falange*, en la jerga carcelaria, significa: *"Presos agrupados en torno de cualquier interés común"*.

* Sus impulsores fueron **William da Silva Lima (WSL)**, **Roberto da Silva**, **Zé Bigode Saldanha**, **Apolinario Nanai de Souza** y **Bira Russo**.

* *Comando Vermelho* -escribió William- fue un apodo que usó por primera vez la prensa en 1979. *"Las palabras no son inocentes. Rojo es un adjetivo que despierta viejos y mortales reflejos en policías y militares"*.

* William dice que el CV carecía de una estructura jerárquica y proponía unirse para sobrevivir la adversidad porque "al sistema le convenía dividir para dominar".

* El CV protagonizó escapes espectaculares y asaltó bancos para financiar la fuga de otros reclusos. Buscaban refugio en las favelas *"por razones de seguridad"*.

* WSL niega vinculaciones con los narco y dice que sus objetivos fueron tergiversados por quienes sí están implicados en él. *"Utilizan el nombre para prestigiarse"*, dice.

* En los morros, se autodenominan CV las bandas narco más intransigentes y feroces: procuran expandir los espacios de tráfico a sangre y fuego.

* En la administración de las cárceles se dice que originalmente *"se debieron separar a los presos por comandos para evitar peleas"*. Luego, las guerras entre las facciones CV y TC se trasladaron a los morros.

* Los que se hacen llamar *Tercer Comando* son dialoguistas y sacan partido de la corrupción policial para evitar conflictos. Le siguen el *Yacaré* y el *Neutro*.

* Fuentes policiales reconocen que el grueso de los grupos que se autoproclaman del *CV* no responde a un liderazgo común: *"A veces, incluso, combaten entre sí"*.

* El preso más viejo y famoso ligado al narco es **José Carlos Reis Encina**, más conocido como *Escadinha* ●